



Con esta figurita de papel con la “f” que hay arriba a la izquierda y la casilla 8 del juego de la oca dentro de este mismo marquito z33 que puede verse aquí,



a la derecha, es como se veía [esta página](#) cuando una tarde de octubre anubarrada y lluviosa, una de esas tardes características de otoño de aspecto triston y color gris plomizo que termina por incidir sobre el ánimo hasta sumirlo a uno en una desgana que nada más incita a hacerse un ovillo y dormirar, elegí rebelarme y, en vez de apagar el ordenador y tumbarme en el sofá, continuar figoneando, subiendo y bajando, por las entradas de uno de tantos blogs en los que había entrado y vuelto a salir sin encontrar nada que me llamase la atención.

En el que estaba en aquel momento no es que hubiese nada especial pero lo primero que me vino a la vista fue una entrada cuyo título era

[15/10/2012/17:17](#)

Así, tal cual se ve, y eso significaba que aquella Afrodita¹ la había puesto hacía exactamente un minuto, que lo sé porque miré la hora en mi propio ordenador y eran las 17:18

Me causaron una cierta gracia dos cosas. Una de ellas el haber caído allí por puro azar, que no es frecuente ir al caer por puro azar en una entrada justo recién editada en un blog al que se ha llegado por puro

¹ Abajo, que lo vi cuando terminé de leerla.

azar, y la otra el contenido de la entrada más que por ser interesante, que no me lo pareció, precisamente por no serlo excepto para el receptor de los recados e instrucciones.

¿No tendría aquella mujer una manera más convencional de ponerse en contacto con su interlocutor?

Quise comentárselo. El que publica en un blog se expone a cualquier tipo de comentario del primero que pasa por ahí, y mi comentario iba a ser precisamente si le parecía normal utilizar un blog como si fuese la puerta de la nevera.

Pero, oh decepción, por más que miré no encontré por ninguna parte el cómo “dejar un comentario a esta entrada”.

Seguí bajando, al 12 del mismo mes, de características idénticas, precisando en esta ocasión Afrodita que, después de asistir a lo que debía de ser la presentación de un libro o una conferencia de la que regresó con un par de autógrafos, se había quedado a comer en el Café de Oriente.

¡Como si dónde comió ella aquel día fuese un dato de interés general!

Y tampoco había opción a dejar comentarios.

Luego venía una adivinanza y otras dos o tres entradas de contenidos variopintos, también sin comentarios, y en el 22 de septiembre, bajo el título de una entrada de la que me disponía a pasar de largo porque todo lo que tenía era el título pero sin contenido ninguno, encontré, ahí sí, [2 comentarios](#).

E hice clic, claro.

En el segundo comentario, y esta fue la tercera cosa que me causó gracia y si más arriba dije dos es porque no sabía aun que iba a encontrarla, el seudónimo que utilizaba el comentarista era el que, quizás bajo el efecto de la lluvia que me deprimía, había yo pensado emplear en los comentarios que no pude escribir.

Y, aquí, que sí podía, daba la maldita casualidad de que me habían pisado la idea.

¿No era mala suerte?

Y ya me disponía a marcharme, y decidirme por la opción que tan tontamente rechacé de hacerme un ovillo en el sofá, pero al reparar en que el alias del primer comentarista — “nick”, escribía, “la respuesta en el nick” — no era tampoco moco de pavo, sin poder precisar el porqué y aunque no sentía curiosidad por conocer la respuesta, le coloqué el puntero y llegué al blog de Estanislao que, por entonces, iba exactamente por [aquí](#), justo al lado de donde se ve la caja de malaquita que muy bien hubiese podido ser yo quien la abriera si, como aquí eligiendo no hacerme un ovillo e ignorar un mundo tan tristón y tan gris, hubiese optado, [allí](#), por no seguir buscando modelos para una página web y evitado, así, el darme de manos a boca con el cochero que me llevaría por caminos tan laberínticos² conduciendo su carro de los mil rayos.

² Mapa [aquí](#).